

COLABORACIONES

LOS TRES NACIMIENTOS DE LA
DIPLOMACIA CULTURAL
EN ESPAÑA *

Por **JOAN ÁLVAREZ**

Director de la Cátedra de Diplomacia Cultural (IEEI)

Al cumplirse un siglo de la creación de una política específica para la expansión de la cultura española en el exterior parece útil poner en valor la genealogía de lo que desde los años 90 es una historia de éxito.

* Agradecemos a la *Revista de Occidente* su autorización para la reproducción de este artículo.

1. Introducción

En noviembre se cumplió un siglo del nacimiento de la diplomacia cultural en España, del primer nacimiento. Aquel mes de 1921, el profesor Américo Castro le propuso al político liberal y ministro de Estado, Manuel González Hontoria, la creación de la primera Oficina de Relaciones Culturales con el Exterior (ORCE) “para organizar y potenciar las relaciones culturales internacionales de España”.

En sus primeros años, la ORCE vivió como un ensayo. “Sus ejecuciones y resultados apenas supusieron una actualización de los programas de otras entidades tanto públicas (la Junta de Ampliación de Estudios) como privadas (la Unión Iberoamericana, la Casa de América)”. No dispuso de medios y no logró la autonomía de gestión a la que aspiraba.

En 1923, el diplomático José Antonio de Sangroniz redactó el primer manual de diplomacia cultural, vista desde España, en forma de justificación de una nueva hoja de ruta para la ORCE. El golpe de Estado de Primo de Rivera paralizó la acción cultural exterior.

La coexistencia entre Castro y el “directorio militar” de la Dictadura era impensable. Los regeneracionistas dejaron la ORCE y centraron su trabajo de extensión cultural en la Junta de Ampliación de Estudios (JAE), el Centro de Estudios Históricos (CEH) y en la labor personal como conferenciantes y profesores invitados en la red de instituciones que se había ido creando en Estados Unidos y en países como Argentina, Uruguay y Puerto Rico.

En 1927, con el “directorio civil”, a Primo de Rivera le interesa la política exterior, incluida la cultural. Siguiendo los planes presentados por diplomáticos del Ministerio de Estado se planifica un organismo nuevo, la

Junta de Relaciones Culturales. Es el segundo nacimiento de la diplomacia cultural.

La proyección cultural quedaba subordinada a la política exterior siendo dirigida, elaborada y ejecutada por diplomáticos. Su objetivo: poner en pie un hispanoamericanismo conservador y llevar a término una política de grandes proyectos en la onda de lo que se hacía en la Italia de Mussolini.

La caída de la Monarquía y la proclamación de la República en 1931 propicia el tercer nacimiento de la política cultural en el exterior. Los regeneracionistas, con Menéndez Pidal y Américo Castro a la cabeza, vuelven a una Junta que no cambia de nombre pero sí de filosofía. La Constitución republicana dedica un espacio a la política cultural en el exterior.

En la llamada “República de los intelectuales” hay un pensamiento dedicado a ella en el conjunto de las políticas del nuevo Estado. Se consolida la arquitectura institucional de la red exterior aprovechando lo construido desde los años diez.

Ciertamente, las circunstancias económicas y políticas no resultan muy favorables, pero la labor de la JRCE permite decir a uno de los mayores expertos en la historia de la diplomacia cultural española, Lorenzo Gómez Delgado-Escalonilla que “a la altura de 1936, en España existía por fin una política cultural exterior por parte del Estado”.

2. Una cultura y un mundo en cambio

En 1921, el profesor Américo Castro propone al ministro de Estado, Manuel González Hontoria, una fórmula para solucionar “el problema de la difusión de la cultura hispánica en el extranjero”.



Desde la atalaya de la Junta de Ampliación de Estudios y del Centro de Estudios Históricos, —que han desarrollado una intensa política de “europeización” de las fuerzas intelectuales y de autoconocimiento “científico” de una nueva identidad nacional —Américo Castro ha observado un gran crecimiento de “la curiosidad, el interés y la simpatía por España y lo hispánico en los últimos diez años”.

La Junta de Ampliación de Estudios, creada en 1907, había recibido, ya en 1910, el encargo de poner en pie una política cultural exterior, dirigida esencialmente a las naciones hispanoamericanas, pero por diversas razones había quedado como una asignatura pendiente.

Para el grupo de intelectuales del que forma parte Castro, —en el que cumple un papel destacado Ramón Menéndez Pidal y muy unido a la Generación del 14 donde ejerce un claro liderazgo José Ortega y Gasset—, la década y media transcurrida desde que se inició

LA PROYECCIÓN CULTURAL QUEDABA SUBORDINADA A LA POLÍTICA EXTERIOR SIENDO DIRIGIDA, ELABORADA Y EJECUTADA POR DIPLOMÁTICOS.

la política de becas y ayudas de viaje de la Junta de Ampliación de Estudios ha conseguido claramente la “europeización” de una “minoría selecta” de profesores y científicos que para ellos está llamada a cambiar el conocimiento, las ideas y el tono moral de España.

A diferencia de las generaciones anteriores, y haciendo gala de un europeísmo militante, Castro y sus colegas tienen una visión de la cultura abierta a lo que pasa en el mundo. Desde las atalayas de la Junta de Ampliación de Estudios, del Centro de Estudios Históricos, de la Residencia de Estudiantes o de

su propio itinerario personal, cuando piensan la cultura la piensan con la bola del mundo dando vueltas ante ellos.

La identidad de las naciones surgida de la Primera Guerra Mundial está en plena transformación y la cultura forma parte de la identidad nacional. Para muchos, la Gran Guerra se ha librado entre la *Civilisation* y la *Kultur*, entre los modelos francés y alemán. Como los idiomas, la cultura cotiza en la bolsa del prestigio nacional. Es un valor que hay que cuidar, enriquecer y utilizar. Consecuentemente, están apareciendo las políticas culturales que van más allá de las educativas pero tienen el mismo objetivo: formar a los ciudadanos para el éxito en la vida y para el amor a la patria.

Las relaciones culturales internacionales se inscriben en ese cambio. La superioridad de los valores culturales, científicos y técnicos es uno de los factores de la competencia entre las naciones tal y como puede observarse en las exposiciones internacionales o universales, en las competiciones deportivas, en el mensaje que transmite el cine por todo el globo y también en la competición de las razas y las civilizaciones que se distinguen en un mundo que ya ha llegado hasta los confines de la geografía y que exige una nueva filosofía para interpretarlo.

Estados Unidos se está imponiendo como la potencia suprema con el papel protagonista que había tenido Gran Bretaña (y que esta aún se resiste en dejar). La suma del inglés hablado en las dos naciones ha alterado la realidad de los idiomas. El inglés sube como la espuma, el francés se retrae. Y el español, curiosamente, aparece como uno de los grandes idiomas por el número de sus hablantes aunque ningún gobierno de las naciones donde se habla español —tampoco el gobierno español— haya desarrollado aún la concien-

LA CULTURA FUE UTILIZADA DURANTE LA GRAN GUERRA PARA DEMOSTRAR LA SUPERIORIDAD DE LOS BANDOS CONVIRTIENDO LA CREACIÓN EN PROPAGANDA Y DANDO PIE A LA MANIFESTACIÓN DE LOS CREADORES, ARTISTAS E INTELLECTUALES COMO MILITANTES DE UNA CAUSA, DE UNA GUERRA IDEOLÓGICA O PSICOLÓGICA.

cia del “giro lingüístico”, una conciencia necesaria para verse en el pelotón de cabeza de las lengua-culturas que se pueden imponer en el mundo de la posguerra.

La diplomacia cultural forma parte de esas transformaciones de los años veinte. En las últimas décadas del XIX, las grandes naciones europeas —Alemania, Francia, Italia y, a su manera, Inglaterra— activaron programas de expansión de sus culturas en los países donde había diásporas de ciudadanos suyos o donde ejercían la administración colonial para que no se pierda la identidad, en un caso, y para “beneficiar” o “educar” o “civilizar” a los pueblos colonizados. El colonialismo era, y es considerado, aún en los años 20, una obligación de las naciones poderosas y a la cabeza del progreso mundial. *En un discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid, en 1882, Cánovas del Castillo afirma que también España tiene obligación de llevar su “civilización” a aquellos pueblos más atrasados que no forman parte del pelotón de cabeza del progreso.*

Simultáneamente, la cultura está dando un vuelco hacia la cultura de masas. Las innova-

ciones técnicas han cambiado la producción, la distribución y el consumo. El cine avanza como la gran manifestación cultural del siglo XX. La música, que ya es también música grabada y difundida por la radio, avanza como un modelo de la confluencia de las tradiciones populares, el folklore, y la creación culta más adelantada.

Las vanguardias le están dando la vuelta al edificio de la cultura heredado de los siglos XVIII y XIX; hay una generación de genios buscándole las vueltas a una cultura burguesa inservible para un mundo que se mira en el espejo de la revolución científica, técnica, moral, estética y también política.

La cultura fue utilizada durante la Gran Guerra para demostrar la superioridad de los bandos convirtiendo la creación en propaganda y dando pie a la manifestación de los creadores, artistas e intelectuales como militantes de una causa, de una guerra ideológica o psicológica. La instauración de la URSS, del primer estado comunista, ha instalado de manera insólita el enfrentamiento ideológico a nivel internacional.

En Francia, en 1920, el aparato de propaganda cultural creado para la guerra se transforma en el embrión de la diplomacia cultural contemporánea propiamente dicha: una política de los Gobiernos dedicada a la difusión de la lengua, la enseñanza y la cultura nacional en el extranjero como un factor clave de la política exterior y al servicio de los grandes objetivos del Estado.

No se trataba estrictamente de una herramienta para ejercer el poder sino para conseguir el prestigio, pero perfilaba el concepto que décadas más tarde, y con la experiencia de la Guerra Fría, el profesor Joseph Nye acuñará desde los Estados Unidos con el término de “*soft power*” o poder blando.

3. A la vuelta de Europa

En España, han irrumpido en la escena pública la Generación del 14, intelectuales, escritores, periodistas, profesores universitarios decididos a reclamar un puesto en la marcha del país. Escriben y piensan en diálogo con las figuras del 98 pero ellos sí tienen respuestas para los problemas de España. Le han dado la vuelta al discurso de la decadencia y de la baja autoestima. Los regeneracionistas, que se han formado con el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza manejan una nueva idea de España, de la nación española, y de la cultura y el idioma español.

Han europeizado la identidad y la quieren poner en circulación a nivel internacional. Los trabajos del CEH han dado un vuelco a la idea de la nación y de la cultura española, hay una nueva identidad. La cultura española lleva dos décadas de cambio, de innovación, de creatividad con pocos precedentes.

Según Juan Pablo Fusi, en los primeros años del siglo XX, “*consideraciones estéticas y literarias y circunstancias políticas y sociales crearon una atmósfera, un clima espiritual, un Zeitgeist, un marco de referencias e incitaciones nuevas para la cultura del país*”.

El cambio, iniciado con la generación del 98, estaba protagonizado por la generación del 14 y seguiría hasta la Guerra Civil completando una época, la llamada “Edad de Plata”, que llevó a decir al historiador alemán de la literatura y de las ideas E. R. Curtius que: “*el despertar cultural de España es uno de los sucesos agradables del siglo XX*”. La enumeración de algunos de los logros de este grupo da idea de la profundidad del cambio.

Rafael Altamira lleva años difundiendo una nueva visión de la historia, de la civilización

española. Ha viajado repetidamente a América y ha ejercido como apóstol de una nueva interpretación de la relación entre España y las naciones americanas.

Ramón Menéndez Pidal le ha dado la vuelta al idioma, ha interpretado la historia y la estructura del español, y de los orígenes de la literatura española, a la luz del método científico europeo.

Federico de Onís ha consolidado una relación con el hispanismo en Norteamérica y, en la estela de la muy activa Hispanic Society de Nueva York, creada por Archer Milton Huntington, ha logrado que la Universidad de Columbia ponga en pie, —con la colaboración de la JAE—, el Instituto de las Españas, institución que desarrollará un trabajo admirable a lo largo de los años sucesivos sin verse apenas afectada por la inestabilidad y los vuelcos de la política española. Onís defiende la tesis de que hay que entender España yendo a Europa pero sin perder la especificidad porque España nunca dejó de ser Europa. Fue europea pero diferente, diferente pero europea. Y en la coyuntura que vive el mundo tras la primera gran guerra, Onís propugna la idea de que la civilización hispánica puede tener más soluciones que la germánica o la anglosajona para los problemas del mundo, precisamente porque se fundamenta más en las Humanidades que en la Tecnología y la Ciencia.

Américo Castro ha puesto las bases para reinterpretar la historia de la literatura y del pensamiento españoles lejos de la leyenda negra, del orientalismo romántico o del complejo de inferioridad del 98. Para él, la cultura española nunca ha dejado de ser Europa pero ha dado respuestas propias a los problemas o cuestiones comunes. Castro ha demostrado “científicamente” que hubo, hay, un Renacimiento, una Ilustración como hay un Romanticismo o un Modernismo español o hispánico.

ONÍS DEFIENDE LA TESIS DE QUE HAY QUE ENTENDER ESPAÑA YENDO A EUROPA PERO SIN PERDER LA ESPECIFICIDAD PORQUE ESPAÑA NUNCA DEJÓ DE SER EUROPA.

Por último, pero no en último lugar, en ese grupo de intelectuales destaca la figura de José Ortega y Gasset. Un filósofo formado en Alemania pero perfectamente informado de la cultura francesa e inglesa que considera que la cultura es “*el sistema vital de las ideas de cada momento*”. Él ha lanzado la fórmula de que si España es el problema, “*Europa es la solución*”. Él sustenta una visión de la dinámica social e histórica que, encajando de pleno con el regeneracionismo, señala que es la pedagogía, la educación, la transformación de las ideas, la terapia para el cambio que precisa España. Primero, las ideas, después la moral y a continuación la política.

4. Una ola de interés por la “vitalidad hispánica”

En el escenario de ese nuevo *Zeitgeist*, de ese nuevo espíritu de los tiempos, la diplomacia cultural española, propuesta por Américo Castro nace con un perfil propio.

En España, afirma, ha llegado el momento de “*salir al encuentro de la ola de interés hispánico que viene hacia nosotros*”. Un interés por el español y por la “cultura hispánica” que debe servir para sellar una reconciliación espiritual entre España y las repúblicas americanas otorgando un valor inédito a un ideal hispanoamericanista de corte liberal en



el nuevo mapa mundial de las culturas y los idiomas.

El joven profesor español no se recata de advertir que “*si cualquier pueblo de cultura se hallara con ese espontáneo tesoro (de la vitalidad hispánica), asombraría ver lo que hiciese por fomentarlo y conservarlo*”.

El interés por la “vitalidad hispánica” crece sobre todo en Europa y en los Estados Unidos. Con el fin de la Gran Guerra en la nueva potencia norteamericana y en las europeas crece el interés comercial y político por América Latina.

Francia —con la participación destacada de Italia— pugna por rebautizar aquella parte del mundo como “Latinoamérica”. La iniciativa se apoya en el papel jugado por la república francesa como modelo de las repúblicas americanas al constituirse un siglo antes, a ello se añade el prestigio del Enciclopedismo y la Revolución Francesa y el destacado papel de París como capital de la vanguardia cultu-

ral por excelencia. También se pone sobre la mesa la gran migración italiana y centro-europea a las nuevas naciones americanas y en particular a Chile y Argentina.

En los Estados Unidos, una parte importante de sus políticos defienden —después del éxito fulgurante de la guerra contra España de 1898— la aplicación de la doctrina Monroe de “*América para los americanos*” queriendo sustituir al derrotado dominio imperial español y ejerciendo el papel de potencia continental.

Unas cuantas universidades norteamericanas están adaptando sus programas y apoyando un nuevo hispanismo, y las asociaciones de profesores de español han puesto en marcha un importante movimiento sindical que pide la atención de los patrocinios privados y de las autoridades estatales y federales.

Son factores que guían la reflexión de los promotores de la primera diplomacia cultural española. Detectan y teorizan, que crece el



interés por España porque crece el interés por lo hispánico. No hay ruptura entre la identidad hispanoamericana y la identidad española. La identidad de España contiene la identidad hispanoamericana.

La vitalidad hispánica está vinculada a un tesoro compartido: el castellano. Con un agudo criterio de oportunidad, Américo Castro apunta que un factor capital de su programa de diplomacia cultural “*sería el asociarnos con nuestra América para que no se pierda el español hablado en los EE.UU. (Nuevo México, Colorado, Arizona) o por lo menos para que prolongue su vida hasta donde sea posible*”.

El programa de Américo Castro quiere contar también con “*la vitalidad hispánica dispersa por el mundo*” y llama la atención sobre el hecho de que “*la ida a América del Sur de los sabios que ha llamado la Sociedad Cultural de Buenos Aires ha realzado de forma insospechada el papel español*”.

El programa inicial de la diplomacia cultural que propone Castro está basado también en el interés creciente que suscita la enseñanza del español y el conocimiento de la cultura

española en las universidades europeas, sobre todo, de Francia, Alemania y algunas universidades de los países nórdicos como las suecas.

Américo Castro ha viajado en los últimos años como conferenciante y profesor invitado a numerosas universidades europeas, ha sido invitado por la Casa de España en Buenos Aires y está perfectamente al tanto de los progresos de la iniciativa de su colega Federico de Onís en Nueva York, con una clara ramificación hacia San Juan de Puerto Rico.

5. La autonomía imposible

La propuesta de Castro tiene en cuenta dos modelos para la ORCE. Para la misión y la visión —la filosofía y los contenidos (o ambiciones)— propone las oficinas recientemente creadas por el Gobierno francés, una para “*las obras francesas en el exterior*” y otra para “*las Universidades francesas en el extranjero*”.

A efectos de funcionamiento, de relación con el Gobierno, Castro pide el respaldo financiero e institucional pero conservando una gran autonomía con respecto al Ministerio de Estado, la misma de que disfruta la JAE con respecto al Ministerio de Instrucción Pública desde sus orígenes en 1907.

El consejo de ministros acepta la propuesta y se aprueba crear la Oficina de Relaciones Culturales con el Exterior “*con carácter provisional y a título de ensayo*”. Se le dota de un responsable con categoría de segundo secretario, se le asigna un auxiliar y cuenta con tres asesores sin retribución que son el mismo Américo Castro, Blas Cabrera y Ramón Menéndez Pidal.

En su primer nacimiento, la ORCE cuenta con una pequeña estructura burocrática y un

consejo de expertos que reúne a algunos de los nombres destacados del regeneracionismo continuador del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza.

El programa de la ORCE tiene cuatro líneas de trabajo: cuidado a la emigración española, fomento del hispanismo en otros países para estimular el interés por la nueva visión de la lengua y la civilización españolas, atención a los centros de alta cultura en el extranjero con especial atención a la Hispanic Society y al Instituto de las Españas, creado recientemente en la Universidad de Columbia, y multiplicación de las relaciones con las repúblicas hispanoamericanas para recuperar la influencia española en la colectividad y en el escenario internacional siguiendo lo ya hecho por instituciones como la Sociedad Española de Buenos Aires.

En el trasfondo de ese programa está el objetivo de expandir la nueva imagen de la nación y de la cultura. Pero también quiere canalizar el prestigio de la cultura que, durante los últimos veinte años, ha experimentado un auge extraordinario.

Curiosamente, el programa deja fuera de su acción la propaganda política y evita subordinar la expansión cultural a los objetivos políticos marcando una clara distancia con la política a pesar de tratarse de una actuación integrada en el Ministerio de Estado.

Aunque en el horizonte de aquellos años la hipótesis de crear un partido político estuvo presente para Ortega y para sus colegas, siempre quedó un tramo final sin recorrer entre la transformación de la educación y la moral y la entrada en la arena política más allá del debate de ideas en el que sobresalió Ortega.

Al decir de Ortega, “*la política no habla de los verdaderos problemas*”. Y una de las am-

biciones de la generación del 14 consistió claramente en la denuncia de la vieja política y en la sustitución del liderazgo social arrinconando a los representantes del sistema de la Restauración y aún mucho más de los aliados de la Dictadura de Primo de Rivera.

Significativamente, Castro hace su propuesta pocos meses después del asesinato del presidente del Gobierno, Eduardo Dato, y semanas después de una de las grandes derrotas del ejército español en Annual, es decir, cuando la posición de España en el escenario internacional se tambalea por la debilidad de su poder militar y económico. Como había dicho

LA ORCE VIVIÓ LOS DOS ÚLTIMOS AÑOS DEL RÉGIMEN DE LA RESTAURACIÓN, HASTA 1923, CON ESCASÍSIMO PRESUPUESTO Y CON UNA GESTIÓN MUY ESFORZADA.

Giner de los Ríos, la frase que los regeneracionistas debían aplicar a los políticos es la que Diógenes le dirigió a Alejandro Magno cuando este le dijo que le pidiera lo que más quisiera: “*Apártate que me estás tapando el sol*”.

La ORCE vivió los dos últimos años del régimen de la Restauración, hasta 1923, con escasísimo presupuesto y con una gestión muy esforzada.

Insertada en el entramado del Ministerio de Estado, los diplomáticos la vieron con recelo y neutralizaron el protagonismo de unos intelectuales que privilegiaban los fines culturales sobre las dimensiones políticas en un territorio que consideraban privativo. “*No tenían confianza en que el auge de la acción cultural exte-*

rior fuera un verdadero refuerzo de la política exterior, más allá de su eventual empleo como instrumento de la propaganda internacional”.

Para la ORCE fueron años de ensayo. No dispuso de medios y no logró la autonomía de gestión a la que aspiraba.

La gestión de la ORCE en sus dos primeros años de vida no superó, ciertamente, “*el modo de ensayo*”. “*Sus ejecuciones y resultados apenas supusieron una actualización de los programas de otras entidades tanto públicas (la Junta de Ampliación de Estudios) como privadas (la Unión Iberoamericana, la Casa de América)*”.

El primer nacimiento de la diplomacia cultural fue un nacimiento fallido. Pero sirvió de cobertura para dejar plantado el embrión de la filosofía, de una hoja de ruta y de una arquitectura institucional en el dominio de una diplomacia cultural que estaba surgiendo en muchos países.

En cuanto a la creación cultural, exuberante en aquellos años, antes y después, la ORCE vivió en paralelo el extraordinario auge que siguió su curso. Apenas influyó pero no molestó.

Por lo demás, sus gestores no supieron, o no quisieron, buscar el consenso con otras iniciativas de cambio cultural, como las ligadas al Institut d'Estudis Catalans, que tenían el mismo interés en la relación americana y estaban actualizando la visión de la cultura y del nacionalismo cultural catalán.

Tampoco se avanzó en la superación de la diferencia con las fuerzas conservadoras que no cesaron en sus ataques a la JAE y al CEH. Pero quedó un trabajo de diseño y de pensamiento de gran utilidad como reconoció el diplomático conservador José Antonio Sangróniz y así se vio claramente diez años después

EN CUANTO A LA CREACIÓN CULTURAL, EXUBERANTE EN AQUELLOS AÑOS, ANTES Y DESPUÉS, LA ORCE VIVIÓ EN PARALELO EL EXTRAORDINARIO AUJE QUE SIGUIÓ SU CURSO.

cuando se cerró el círculo volviendo al principio con la proclamación de la República.

6. El giro de la Dictadura

En 1923, el diplomático José Antonio de Sangróniz redactó el primer manual de diplomacia cultural, vista desde España, con una justificación para una nueva hoja de ruta de la ORCE. Un manual en el que alienta una filosofía diferente, —sin el reclamo de la autonomía y con una apuesta clara por la propaganda como finalidad inspiradora— pero que incluye el reconocimiento al trabajo de Américo Castro. El golpe de Estado de Primo de Rivera paralizó la acción cultural exterior.

La coexistencia entre Castro y sus colegas y el “directorio militar” de la Dictadura era metafísicamente imposible y así los regeneracionistas abandonaron la ORCE y centraron su trabajo en la JAE, el CEH y la labor personal de cada uno como investigadores, conferenciantes y profesores llamados por la red de instituciones que se han creado en Estados Unidos, Argentina, Puerto Rico y Uruguay. La conciencia de la extensión cultural de España en el exterior estuvo en todo momento presente para ellos.

De aquellos años ha quedado, sin embargo, el ya citado primer manual español de diplomacia cultural firmado por Sangróniz



y que contiene un diagnóstico preciso de la situación de esta nueva política en los primeros años 20 y unas líneas de acción realistas teniendo en cuenta los modelos francés, alemán, británico o italiano: la política universitaria, los convenios de protección de derechos de autor, el fomento de la industria del libro, el empleo de las artes, —incluido el cine—, y la información. Todo ello con la idea de que la diplomacia cultural era una propaganda sistemática en favor del prestigio nacional y estrechamente unida a una política informativa en el exterior.

En 1927, con el “directorio civil”, a Primo de Rivera le interesa la política exterior, incluida la cultural. Siguiendo los planes presentados por diplomáticos del Ministerio de Estado se planifica un organismo nuevo, la Junta de Relaciones Culturales.

Es el segundo nacimiento de la diplomacia cultural. Ahora la proyección cultural quedaba subordinada a la política exterior; es dirigida, elaborada y ejecutada por diplomáticos.

Su objetivo será poner en pie un hispanoamericanismo conservador y llevar a término una política de grandes proyectos en la onda de lo que se hacía en la Italia de Mussolini.

Primo de Rivera quiere aprovechar los recursos de una cultura en auge y de una coyuntura favorable del movimiento hispanoamericano. La nueva diplomacia va acompañada por una política populista de grandes gestos, muy a la manera del fascismo mussoliniano: el viaje del Plus Ultra, la Exposición Iberoamericana de Sevilla y la Exposición Internacional de Barcelona o el proyecto de “universidad hispanoamericana” que acabaría siendo la Ciudad Universitaria de Madrid.

Esa nueva diplomacia no es suficiente para conseguir el objetivo principal de Primo de Rivera consistente en ingresar en el consejo permanente de la Sociedad de Naciones exhibiendo, precisamente, el liderazgo de la comunidad de naciones que un siglo antes habían sido provincias o virreinos de la Monarquía hispánica.

En su tiempo de vida, la JRCE vive desconectada de la corriente principal de la potente creación cultural española. Una corriente en la que la cultura española brilla a nivel internacional con los talentos de la diáspora (como Picasso, Joan Miró, Juan Gris o Julio González en la experimentación vanguardista, Manuel de Falla en la música, Sorolla y Zuloaga en los logros de una pintura más académica, Blasco Ibáñez en la literatura popular y sobre todo con la erradicación internacional del pensamiento y los viajes de Ortega y Gasset en el escenario de la cultura internacional y en el impacto de alguna de sus múltiples empresas culturales como la *Revista de Occidente* cuyo primer número aparece, precisamente, en 1923.

Pero es una cultura que se opone a la Dictadura y también a la diplomacia cultural que esta gestiona como demuestra la anécdota de un Ortega y Gasset pidiendo a la embajada española en Buenos Aires, a la manera de Diógenes, que no haga visible su presencia en la sala para no molestar el desarrollo de una de sus multitudinarias conferencias en la capital argentina.

7. Cerrando el círculo

En 1931, con la proclamación de la República, llega el tercer nacimiento de la democracia cultural en España. Los regeneracionistas regresan a la JRCE. Menéndez Pidal asume la presidencia y Américo Castro regresa a la gobernanza. La Constitución republicana reconoce *“la expansión cultural de España en el extranjero y preferentemente en los países hispanoamericanos”*.

Diez años después de la propuesta de Américo Castro, la diplomacia cultural recupera en España el programa original fraguado con el espíritu regeneracionista.

La Junta cuenta con un presupuesto, el régimen político es nuevo y, al menos en sus orígenes, es un régimen enteramente abierto a los intelectuales y a los creadores. Es la República de los intelectuales. Muchos de los regeneracionistas, con Ortega y Gasset a la cabeza, han formado parte de la España que se ha propuesto, y ha conseguido acabar con la dictadura e impedir que se prolongue un rey completamente desprestigiado.

La diplomacia cultural pone en práctica un programa con todos los elementos necesarios para buscar el prestigio de una nación en el escenario internacional. Con una dotación muy menguada si la comparamos con los apoyos de las políticas culturales de Francia, Alemania, Italia o Gran Bretaña pero que permite trabajar. Y con los vaivenes de las sucesivas coyunturas del régimen republicano, incluidas las “rectificaciones” tempranas

LA DIPLOMACIA CULTURAL PONE EN PRÁCTICA UN PROGRAMA CON TODOS LOS ELEMENTOS NECESARIOS PARA BUSCAR EL PRESTIGIO DE UNA NACIÓN EN EL ESCENARIO INTERNACIONAL.

de un Ortega y Gasset señalando los errores de los nuevos gobernantes. Y a pesar de eso, la complicidad entre los intelectuales y los diplomáticos es notable. Un buen número de intelectuales —incluido el propio Américo Castro— desempeñarán encargos diplomáticos en diferentes embajadas.

Como afirma Lorenzo Gómez Delgado-Escalonilla, entonces empezó de verdad el desarrollo de una política que al llegar 1936



disponía de los elementos precisos —estrategia de fondo conectada con el programa diplomático, arquitectura institucional interior y exterior, y medios materiales y humanos— para ser considerada una política cultural exterior al nivel de las que entonces estaban en la vanguardia: la francesa, la alemana, la británica y la italiana. Ciertamente, la diferencia en medios financieros era abismal pero era una diplomacia cultural con todos sus elementos.

Los diez años del largo nacimiento y el lustro de la experiencia republicana hasta el momento del estallido de la Guerra Civil constituye una experiencia de diplomacia cultural cuyo estudio ha sido llevado a cabo de manera magistral, sobre todo, por el ya citado Lorenzo Gómez Delgado-Escalonilla y por el catedrático de Historia Contemporánea, Antonio Niño, con otras aportaciones del máximo interés y rigor.

Entendida como una de las dimensiones

del fabuloso tiempo vivido por la cultura en España durante el primer tercio del siglo XX, esa diplomacia como un tipo de política y de gestión de la cultura específicas, muestra ya en sus raíces, en su genealogía, alguno de los aspectos que le han dado, y siguen dándole, una idiosincrasia peculiar. Desde la relación problemática entre la cultura y los políticos hasta el papel a jugar por los intelectuales o la sociedad civil, desde el encaje con Europa hasta la proyección global en, o con, las naciones hispanoamericanas.

Dirigir una mirada de conjunto a la trayectoria de esa política, aprovechando el centenario de su origen, tal vez pueda servir para comprender mejor su especificidad, —la genialidad española, como dice Federico de Onís, uno de sus grandes protagonistas— matizando la idea errónea de que la diplomacia cultural nació durante el régimen de Franco y solo adquirió carta de naturaleza al recuperarse la democracia y, sobre todo, al ser creado en 1991 el Instituto Cervantes.